

petado los álamos y los sauces; aun existen aquellas plantas que eran mis amigas, aun cantan en el peñón los pajarillos, y el río corre hoy entre los carrizales tan sereno y adormecido como en aquellos felices años de mi juventud. Pero ¡ay! ni árboles, ni flores, ni linfas, ni pájaros, ni vientos me hablaron de aquellos ensueños de color de rosa que encantaron las dulces horas de mi mocedad. No tuvieron para su viejo amigo ni una palabra consoladora. Hace veinte años! ¡Cuántas lágrimas!



CREPUSCULO.

(Recuerdos de un viaje à la Costa de Sotavento.)



Salimos de Medellín y pronto perdimos de vista sus espesos bosques regados por la deliciosas corriente del Jamapa.

Caminábamos siguiendo el hilo telegráfico; al través de inmensas llanuras alombradas de pródigos gramales, donde pacían pintorescas toradas que lentas y como perezosas se alejaban de nosotros al aproximarse nuestras cabalgaduras.

Nos rodeaba un horizonte sin límites cuyo círculo no interrumpía ni la remota línea de una selva, ni la silueta de un árbol, ni los caprichosos y esfumados contornos de una montaña, ni la oscura sombra de agreste caserío.

El cielo, cubierto de plumizas nubes, apenas dejaba ver, de cuando en cuando, una ráfaga de oro que, rompiendo el nublado, parecía anunciar á los campos el ocaso próximo del sol.

Ni una flor, ni una ave que hiciera menos monótona aquella sabana donde la vista se perdía y la imaginación plegaba las alas, vencida por el cansancio. Ni rumor de aguas, ni susurros del viento.... sólo oíamos el paso de nuestros caballos y la voz del guía que cantaba, entre dientes, triste son de la tierra, y que se adunaba por lo desmayado y lánguido al pálido espectáculo que teníamos delante, por extremo extraño en aquellas fértiles y fecundas regiones á la hora del crepúsculo.

Poco á poco se despejó el cielo, y aparecieron en las profundidades de su bóveda, azul como el zafiro, magníficas nubes: hacia Oriente largos celajes horizontales que declaraban la proximidad del mar; hacia el Ocaso los gigantescos cúmulos de las comarcas montañosas, teñidos de jalde y púrpura por el sol que caía, cúmulos que se movían lentamente, simulando castillos feudales presa de las llamas, lagos de fuego, ora serenos, ora tempestuosos, animales heráldicos de aspecto espantoso, peces de gualda que bogaban en linfas blancas, aves de lumbre, águilas ardientes que cruzaban el espacio centellantes, con brillos de hornaza, endriagos y quimeras que se entrelazaban y escurrian en giros incomprensibles y pavorosos. A la izquierda aparecieron pronto, interrumpiendo la igualdad fatigosa del paisaje, las cercanas lagunas del Mandinga, hermosas como espejos de pla-

ta, en cuyos cristales despleaban sus velas, como una parvada de cisnes, multitud de esquifes pescadores. A la derecha la estupenda vegetación tropical surgía ante nosotros con toda su regia magnificencia.

Atravesamos la "raya" de una "mata." A la uniformidad de la llanura sucedió de pronto la pompa abrumadora de las selvas vírgenes.

Altas y gentiles palmeras, de múltiples formas, las unas irguiéndose soberbias con sus penachos inquietos, desplegando las otras sus ruidosos abanicos, columpiando aquellas, al soplo del terral, sus graciosos plumeros; "Pochotes" colosales que esparcían al viento el nítido vellón de sus frutos maduros; higueras aparazoladas de niveas flores, airosos papayos; plantas de follaje flabetiforme; "cocuites" florecidos de sueltos y flexibles tallos; gramíneas altísimas, por cuyas cañas trepan enroscándose los convólulos campesinos, como si quisieran alcanzar los extremos pegajosos de sus guías, la espiga en sazón que ondea cimbrándose; ceibas seculares entre cuyos brazos arraigan las bromelias, robustas, recias, indómitas, con flores que semejan sagitas y dardos tintos en sangre; orquídeas de forma singular y penetrante aroma; maglares de follaje craso y raíces colgantes que bregan y bregan largos años para llegar al pantanoso suelo todo envuel-

to en una red de robustos bejucos y menudas trepadoras que impiden el paso y coronan las copas de los árboles con opulentos ramilletes de campánulas de mil colores.

Allí germinan, crecen y florecen "mantos de la Virgen" cerúleos y sanguíneos, "quebraplatos" de alba y delicada corola, leguminosas áureas de bracteados festones, entre cuyas guías anidan y revuelan, como un puñado de pedrería arrojado al través de la selva, colibríes de incansable prestigioso vuelo, luciendo en sus plumas los más variados y maravillosos esmaltes; mariposas de tul de opalinas alas; centzontlis de canto dulcísimo y de vibrante voz; "turpiales" de rojo pecho, "sargentos" carminados, torcaces grises, melancólicas y arrulladoras; "cardenales" de gallarda cresta; y papagayos y tucanes, cuyos colores codiciaría la paleta de un pintor.

La noche se acercaba. El sol incendiaba con sus postreros rayos la llanura, y un murmullo solemne y misterioso se alzaba por todas partes.

Parvadas de toda especie de aves cruzaban el espacio en bajo vuelo, y parejas de loros buscaban su nido en los "overos." En lo más alto del cielo, sobre el raudito torbellino de garzas blancas y de color de rosa que iban hacia las lagunas se tendían en movibles cintas los ánaes salvajes.

Hundía el sol en las vagas lejanías su

disco enrojecido, y rojas estaban las nubes y roja la llanura. Las tinieblas luchaban por extinguir los últimos fulgores de la luz; el murmullo del campo aumentaba y subía á los cielos como las plegarias de un pueblo devoto que ora ante el altar, y cuando, á intervalos cesaba la greguería de los loros, la serpiente dejaba oír su agudo silbido. El pájaro "vaquero" lanzaba su grito prolongado, y el "ataja-camino" saltaba tenaz é incansable delante de nosotros.

Ante aquel cuadro jamás presentado y nunca imaginado, lleno de fe, de admiración, de respeto y gratitud, detuve mi caballo, y trémulo, con la frente baja, murmuré el nombre sacrosanto del autor de tantas maravillas.

Se apagaron los últimos fuegos del cielo, se obscureció la tierra, y el sol al hundirse mostró el nevado pico de Orizaba, que trajo á nuestra mente el recuerdo de seres queridos.

Cesaron cantos, ruidos, rumores y murmullos, comenzaron á encender los cocuyos sus linternillas, y seguía mi camino, oyendo los cantos melancólicos del guía.